acordarse á cada momento que somos ciegos, y que solo las miras del Altísimo son justas y sábias. He recibido una carta del Marqués, en que me dice me abandona su hijo de muy buena gana; me parece que si se me hubiese quitado este niño, me hubiera visto bien desconsolada. Te aseguro no obstante, que hubiera sacrificado con todo mi corazon su buena compañía á sus adelantos, si pudiese creer que pierde aquí el tiempo; me parece que tu esposo está convencido de que le emplea útilmente, y que hace caudal para lo restante de su vida. Te alegrarias infinito de ver la facilidad que tiene para hacer todo lo que es bueno; su corazon vuela delante de mis lecciones, y yo parezco ménos enseñarle, que convenir con las cosas que él sabe ya, y aplaudir tanto sus luces como sus inclinaciones. No tiene ninguna que no sea loable, aunque la vuelta de su salud haya descubierto en él una especie de vivacidad que tú no le conocias, y que me ha causado un placer infinito, porque temo á los corazones lentos y parados. Esta salud se fortifica cada dia mas; pero acordándote del estado en que le dejaste, comprenderás que le queda una grande delicadeza. Yo sigo los progresos de su espíritu, de su corazon y de su cuerpo, para dar á cada una de estas cosas el ejercicio conveniente, y el suceso justifica mi método. Le insinúo al Marqués, y os lo digo á los dos que no se deben turbar las béneficas intenciones de la naturaleza, que trabaja en restablecerse; y estoy persuadida á que no se le podria mudar de aquí sin arriesgarle. Te convencerás de esto cuando sepas que mis piernas están en tan buen estado, que aunque con un poco de trabajo me permitirian pasar los montes. Tú debes conocer los ardientes deseos que me llaman á vuestro lado, sobre todo en las circunstancias que se halla tu pobre hermana; sin embargo sacrifico estos violentos deseos á la voluntad de Dios, que se me manifiesta por el estado de este niño á quien ni quiero dejar ni llevar á experimentar una mudanza de clima que podria muy bien llegarle á ser funesta, particularmente en esta estacion que está mucho mas fria que lo que acostumbra.

CARTA XXXII.

DE MADAMA DE MONTIER AL CONDE.

Dios oculta á los grandes y á los sábios lo que se digna manifestar á los pequeños y á los ignorantes, queriendo que se le reconozca por el orígen de toda luz y sabiduría; vé aquí, querido Conde mio, lo que me anima á responder á tus

preguntas, sin lo cual me avergonzaria de ser consultada, siendo tan incapaz de resolver tus dudas. Te lisonjeabas de que no era menester mas que querer llegar á ser virtuoso para serlo en efecto, esta persuacion es uno de los mayores obstáculos para la virtud, porque nace de la confianza que tenemos en nuestras propias fuerzas. Podemos depravarnos á nuestro gusto; vé aquí el desgraciado patrimonio de nuestra naturaleza; pero cuando se trata de reparar los males que nuestra perversa voluntad nos ha causado; cuando es menester curar las heridas que nos ha hecho, y consolidar nuestras llagas, permanece sin poder y necesitamos del socorro de un médico mas hábil que nosotros, y que nunca nos falta, si deveras le buscamos. Te lo juro, querido mio, y lo sé por experiencia, la filosofía no cura de nada. En vista de nuestras propias flaquezas, nos indignamos contra nosotros mismos, nos revolvemos en los lazos que nos aprisionan, y esto es todo lo que podemos hacer. El primer paso que es menester dar para romperlos, es convencernos bien de nuestra insuficiencia; este conocimiento nos lleva naturalmente á implorar el socorro de Dios, que jamás nos le rehusa; no obstante se puede decir que su sabiduría pone límites á su bondad y beneficencia. Si por socorros po-

derosos consiguiésemos de repente una victoria completa, olvidariamos bien pronto á quien se la debiamos; nos la atribuiriamos con insolencia, y el orgullo remplazaria á los otros vicios que habiamos vencido. Bueno es que me hayais humillado, decia el Santo Rey Profeta, el cual despues de haber recibido la palabra de su perdon, experimentó por tan largo tiempo las tristes resultas de sus miserias; lee en los Salmos sus expresiones: *la podredumbre y corrupcion se ha formado en mis llagas por causa de mi locura; mis cicatrices se han envejecido y por culpa mia han degenerado en una corrupcion irremediable.* Mira nuestro estado, querido hijo mio, nosotros no podriamos poner remedio á nuestra corrupcion; pero nos debe consolar, que jamás nos faltará el socorro mientras que confesemos humildemente nuestra insuficiencia, y que la perseverancia de nuestros gritos haga violencia á la justicia de Dios. Es muy justo que se haga de rogar querido amigo mio; le habemos desairado por espacio de tantos años, y quisiéramos que á la primera palabra se rindiese á nuestros deseos; esta es una presuncion que no puede ménos de dilatar su gracia. Me dices que hasta ahora habias creido, como otros muchos, que se necesitaba poco para hacer un buen cristiano de un hombre de bien;

aun puedes creerlo sin temor de engañarte, con tal que sepas definir lo que es un hombre de bien; todo el mundo tiene esta palabra en la boca, y si se ha de decir la verdad, casi nadie conoce su significacion.

Un hombre de bien es el que estima el honor y la probidad, hasta el punto de dar su vida por ella si fuese necesario. Segun esta definicion, no hemos adelantado mas que ántes porque no se tienen justas nociones del honor. Tú y otras gentes de distincion, lo haceis consistir en despreciar el peligro, y en estar siempre en disposicion de dejaros romper en el ejército los brazos y las piernas, ó degollaros por una bagatela. Creeis que este honor os obliga á cumplir inviolablemente la palabra que dísteis á un amigo; á absteneros de tocar la hacienda del prójimo, que podríais robar por violencia, á pagar las deudas del juego, á respetar la verdad hasta cierto punto. Entre un hombre de bien de esta especie y un buen cristiano, hay una diferencia muy notable. Aquel que se tendria por indigno de ver la luz, si se hubiese envilecido hasta tomar un escudo del bolsillo de otro, no hace escrúpulo de arruinar los mercaderes, y los artesanos, reteniéndoles su hacienda y salarios años enteros. Sé que al llegar aquí dirás: ¡Oh! esto no habla conmigo, siempre he sido exácto en pagar mis deudas; muy bien y á pesar de todo esto no dejas de ser ladron; permíteme esta palabra. La inocencia que robaste á aquella doncella, el honor que marchitaste á aquel esposo, la fortuna que disminuíste á aquellos hijos poniendo á uno de los tuyos en derecho de participarla, siendo estraño; ese disimulo, que se llama política, y que se dirige sordamente á derribar todo lo que nos hace sombra para elevarnos sobre sus ruinas: vé aquí lo que se permiten sin escrúpulo los que se llaman hombres de bien á lo del mundo. El mio es el que sigue las reglas de la ley natural en general y particular, y que en ningun caso querria hacer á los otros lo que sentiria que le hiciesen á él. De éste á un buen cristiano, no hay sino una cosa que hacer, que es purificar la intencion, obrando por motivos sobrenaturales. Examínate en esta forma, querido Conde mio, y hallarás mucho que descontar. Por lo demas te diré para tu consuelo, que hay ciertos pasos que hacen adelantar mucho camino sea en el bien ó en el mal. El sacrificio de tu ódio te traerá por lo mucho que te ha costado una gran facilidad para los demas; ya no se trata sino de sostener este paso. Pongo á tu esposa en manos de Dios, pide por ella; pues tan fácil le es al Todopoderoso disipar su

tristeza, como le ha sido calmar sus furores.

CARTA XXXIII.

BILLETE DE MADAMA DE MONTIER AL MARQUES.

¿Sabes, querido Marqués mio, que miro la súplica que me haces de que no te responda, como un puro cumplimiento? Es cierto que escribo mucho, y que mi correspondencia es muy dilatada; pero no lo es, que esto me debilita, porque aun seria muy digna de lástima si me faltase esta diversion, que me pone en el seno de mi familia en el dia tan dispersa. Esto me lo dirás para prevenirte políticamente del deseo que tienes tú de no escribir, porque dicen, sin hacerte agravio, que eres muy perezoso cuando se trata de tomar la pluma, y si no hubieras tenido pena, no hubiera visto letra tuya. La Marquesa es tu secretaria, y solo te obligó á vencerte la imposibilidad de hacer pasar por su conducto lo que tenias que decirme. No te asustes de un comercio, que mi amor por vosotros me hace apreciable; soy buen juez, y sé compadecerme de las debilidades de mis amigos; he aquí la prueba en la precaucion que tomo de poner esto en una esquelita, á fin de que puedas comunicar

mi carta á tu esposa, y encargarla de tu respuesta. Espero que no volverá jamás el caso de tener nada que ocultarla.

CARTA XXXIV.

DE MADAMA DE MONTIER AL MARQUES.

Querido Marqués mio: Estoy contenta en extremo del abandono que me haces de nuestro querido hijo; puedes fiarte de mi ternura para con él; es verdad que podrias con razon desconfiar de mis talentos, pero sin embargo lo es tambien que Dios nos los concede á proporcion de los empleos á que nos destina. Esta es mi respuesta para tu esposa, que se inquieta por su incapacidad para el empleo á que el Rey la hace el honor de destinarla; ella debe pensar que S. M. es el órgano de que Dios se sirve para declararla su voluntad, y en esta persuacion bajar la cabeza y someterse humildemente, sin mirarse á sí misma, porque una humildad que la desanimase, no vendria del cielo, que no puede ser contrario á sí mismo en las órdenes que nos intima.

No considero á tu hijo en estado de mudar de país, y esto es lo que me detiene aquí; yo tengo para con él el lugar de madre, con que es me-

nester que mi querida marquesa tome el mio para con su pobre hermana, sobre cuyo estado voy tambien á discurrir. La soledad no la es útil para nada; es preciso alegrarla, y tener sobre todo con ella una dulzura inalterable.

Acabo de recibir una carta de la tercera de mis hijas, en la que solicita que abrevie el término que la he dicho para tomar el hábito; convengo en ello de buena gana, con tal que esté seis años de novicia; porque seguramente no consentiré en que ella se empeñe para siempre, antes que tenga los veinticinco. Lo que la ha empeñado á aumentar sus solicitudes para ser religiosa, es que una de mis hermanas la ha proporcionado un partido muy bueno; es un hombre de treinta años, amable en su figura, buen caballero, en posesion de doce mil libras de renta, y que es generalmente estimado en nuestra provincia. Mi hija conviene en las grandes ventajas de semejante establecimiento, y las exagera para concluir, que pues que ellas no la han tentado, no se tentará jamás. Niego la consecuencia, y sostengo que Dios contará su empeño desde el dia que tuvo designio de tomarlo, que puede vivir como religiosa, y que por consiguiente nada le insta. La hago ver que el Señor no bendeciria un empeño formado contra la voluntad

de los que tienen para ella su lugar: y como la prohibo expresamente ligarse por ningun voto, la digo que si falta á mis órdenes, su ofrenda seria desechada de aquel que quiere mas la obediencia que el sacrificio.

CARTA XXXV.

DE LA MARQUESA A MADAMA DE MONTIER.

No sé cómo mi corazon ha podido bastar para contener los sentimientos mas vivos, y los mas opuestos, que he experimentado despues de mi última carta; la vista de mi pobre hermana ha sido la causa. Dijo que queria verme cuando iba yo á solicitar este permiso, pues que vos decidíais que la compañía podia mas bien darla alivio que perjudicarla. Como el médico se ha impuesto la ley de no contradecirla en nada, cedió á su deseo, aunque temiese que esta visita tuviese tristes resultas, por las razones que cree él que ignoro; me parece haber observado en su semblante que él lo hubiera rehusado abiertamente si no hubiese temido hacer nacer mis sospechas. Volé al cuarto de esta querida enferma, ¡y con qué ardor no pedí al Señor en el camino que apartase de su corazon y de su mente las funestas memorias, que serian capaces de retar-

dar su convalecencia! Mi primer movimiento fué precipitarme en sus brazos: ella me detuvo poco á poco con su mano; y sin que yo pudiese ni preverlo ni impedirlo, se echó á mis piés, y me apretó de tal modo en sus brazos, que me fué imposible hacerla dejar esta humilde postura. No me pregunteis qué hacia yo entónces; gritaba, lloraba, la estrechaba la cabeza contra mi seno, la conjuraba á que se levantase, dirigia votos al Señor sin saber que palabras salian de mi boca. Al fin, sus criadas me ayudaron á volverla á sentar en su silla: permaneció allí tranquila en la apariencia, los ojos bajos; pero el movimiento de sus lábios, y las diversas mudanzas que se veían en su semblante, me mostraban que estaba sumamente melancólica, y distraida en extremo. Despues de haber estado así algunos momentos, me dijo, aunque sin mirarme, ruega por mí, querida hermana mia; ruega á Dios por mí. Sí, querida hermana, querida amiga, la dije abrazándola, á pesar de sus esfuerzos; no he cesado un solo instante de ofrecerte al Señor, y nuestra digna madre ha importunado tanto al cielo con sus clamores, que sin duda llegará á escucharlos y te volverá una salud perfecta. Has salir á mis criadas, me dijo con voz baja, y permite me postre á tus piés,

porque esta es la única situacion en que puedo sufrir tu presencia. Propuse á su guarda principal que pasase al cuarto próximo; pero esta muger se negó absolutamente á dejarme sola con ella; teme, dice, que la vuelvan sus furores contra mí; los locos son malignos, añadió: esta calma aparente podia muy bien presagiarnos una recaida, y quién sabe si ella se reprime para cumplir la gana que tiene de ahogaros, como lo ha jurado tantas veces. Que palabras querida madre mia, y cuan bárbara era en asesinarme con ellas; creo que esta muger obraba así por bestialidad; esta especie de gentes son groseras, y así la perdono el mal que me ha hecho. Lo mas cruel que hubo en esto, fué que afectando que hablaba bajo, lo hizo de modo que la oyese la pobre enferma. La ví temblar, levantar los ojos al cielo, y recogerse algunos instantes dentro de sí misma; volviéndose despues hácia su guarda con un aire muy dulce y muy sumiso: teneis razon, la dijo, no se debe esponer á mi hermana; despues dirigiéndose á mí añadió; concédeme la satisfaccion de dejarme escribir á tu madre, y aguardarás mi carta para dirigírsela. ¡Tu madre! replicó la guarda con un aire burlesco, y como aplaudiéndose de haber adivinado; como si vuestra madre no fuese la suya; ya veis que su cere-

bro todo está, ménos sano. ¡Oh! exclamé inmediatamente, esta muger me impacienta, salid del cuarto de mi hermana, en el que os prohibo volver entrar. Es menester perdonarla, replicó la enferma, no sabes tú lo que yo la he hecho sufrir, por otra parte, me es muy necesaria; ten pues á bien que vuelva luego que haya yo escrito. Me dí prisa á dar á mi hermana todo lo que pedia; permanecí en su gabinete hora y media, que pasé orando con tanto ardor que parecia que mi corazon se rasgaba y salia fuera de mí para volar á los piés del trono del Padre de las misericordias. Me volvió á llamar; y me entregó una carta con sobrescrito para vos que recibireis con ésta. Entónces la hallé con un aire mas sosegado, pero estremamente abatido. Todo iba bien hasta aquí, aun á gusto de la guarda; pero me olvidé por desgracia del estado en que se hallaba, y la dije que toda la familia iba á alegrarse muchísimo de su restablecimiento; que al Conde y al Marqués les habia dado tanto cuidado su situacion, que temí les costase la vida. A estas palabras se la arrazaron los ojos de lágrimas sollozaba tanto, que temí que la faltase la respiracion: me sacaron de su cuarto sin que diese muestras de percibirlo; ved en pocas palabras el mal que ocasioné por mi imprudencia..... El médico de mi

hermana, á quien contaron lo afligida que yo estaba por el desgraciado accidente, que sin querer la habia causado, vino á mi cuarto cuando os estaba escribiendo para aliviar mi dolor, el que acaba él de mudar en un gozo sin igual; canta victoria, y mira como una crisis favorable la abundancia de lágrimas que ha derramado nuestra querida enferma; igualmente que á vos le ponia en mas cuidado su tristeza, que sus furores, y nos lo disimulaba por temor de no inquietarnos, dice que en la actualidad los espíritus han vuelto á tomar su curso, y que toca ya el momento de una curacion perfecta. Yo me lisonjeo, querida madre mia, y hablandoos sinceramente, me persuado que está mucho mejor de lo que creen. Nada he notado en ella que muestre la mas ligera locura: su misma tristeza, léjos de asustarme, me parece una prueba de la vuelta de su juicio; ella no puede reflexionar en el estado de que sale sin experimentar sentimientos muy propios para fomentar su melancolía. Su carta os dirá la situacion en que se halla de un modo mas cierto que todo lo que podria yo deciros: estoy tan penetrada del estado en que la he visto, que no puedo hablaros de otra cosa, y dejo para otra ocasion el tratar de lo que me pertenece. Convido al Marqués para que me acompañe á dar un pa-

seo por el lado de la ciudadela; aun no he tenido valor de ir al cuartel del Valentino; no obstante lo intentaré porque esta es una debilidad de que me avergüenzo.

CARTA XXXVI.

DE LA CONDESA A MADAMA DE MONTIER.

Señora, ¿Por dónde principiaré esta carta? La abundancia de mis sentimientos pone en confusion mis ideas, y la atrocidad de lo que tengo que confesaros las turba tanto, que no sé como explicároslas, aunque se dejan sentir con tanta viveza, que me tienen como aterrada. Sin embargo, es menester resolverme á desenredar este caos, ó por mejor decir, á revolver este cenagal. Esta voz aun no da toda la idea que tengo formada de mi alma; me veo, y conozco que estoy inferior á todos, y sin embargo sé ciertamente que no comprendo sino la menor parte de mi miseria. Entre este tropel de sentimientos que sitian mi alma, hay dos sobre todo, que la llenarán toda entera, y que ni aun el tiempo podrá debilitar. Estos son el pesar y la vergüenza de haber abusado tanto de la misericordia de Dios, despreciando vuestros saludables consejos, y el reconocimiento á la vista de los milagros que su

divina bondad ha hecho en mi favor en el mismo tiempo en que mi endurecimiento, y el horrible abuso que yo habia hecho de sus gracias, hubiera debido empeñarle aniquilarme. Mis ideas se han mudado, Señora, (porque me hallo absolutamente indigna de daros otro nombre mas tierno). ¿Qué velo es el que acaba de romperse á mi vista? ¿Y cómo podrá bastar toda la eternidad para dar gracias á la mano benéfica del Todopoderoso que lo ha arrancado de delante de mis ojos? Os lo repito, Señora, necesito de una gracia superior para sostener mis nuevas luces, y sin esta gracia moriria por el horror que me causo á mí misma. Hija ingrata, hermana desnaturalizada, esposa pérfida, amiga infiel, he faltado, he pisado todos los deberes que me habian impuesto la religion, el honor y la naturaleza; soy verdaderamente un monstruo, de que seria menester purgar la tierra. ¡Cuánto no he sufrido en presencia de mi virtuosa hermana! ¡Con qué vergüenza y confusion la he visto colmar de caricias á la furia que nada ha perdonado para emponzoñar la felicidad de su vida, y que en los transportes de su furiosa envidia deseó quitarla el honor, la vida, y aun la virtud, que es todavia una joya mas preciosa! ¿Cómo repararé el mal que la he causado, igualmente que á todo lo que debia serme mas queri-